

Tres generaciones de mujeres en el mundo rural



Rosa M. Henríquez Rodríguez
rhenriqu@ull.es
Universidad de La Laguna

En el medio rural encontramos conviviendo tres generaciones de mujeres. Para definir las utilizamos en este artículo, además del criterio de la edad, su contribución a la economía familiar y a la economía de las zonas rurales, así como las actividades que han realizado, y realizan, los cauces que han empleado para adquirir formación para su desempeño. Finalmente, se analiza la percepción que tienen del mundo rural.

La primera generación

Está integrada por mujeres mayores de 60 años, cuya actividad laboral ha estado desde su infancia ligada a las tareas agrícolas y ganaderas, como agricultoras o como asalariadas, pero también a las actividades relacionadas con lo doméstico: realización de labores artesanas de aguja, cestería, elaboración de conservas, pan... Son parte de una sociedad rural en la que el consumo era

“Sí ha cambiado también mucho, muchísimo, bueno a mí me parece que muchísimo, de la forma que yo recuerdo de cuando fue mi niñez, y yo recuerdo mi hermana, una hermana mayor que yo tenía, que me contaba cómo fue la niñez de ella y después mi madre me contaba cómo fue la niñez de ella, pues... Hoy estamos muchísimo mejor, muchísimo mejor, yo qué sé, nada más la libertad que tenemos, no te estoy hablando ya de libertad política ni nada, sino de, de libertad de la mujer para hacer lo que quiere y salir, salir de viaje, a cenar. Qué mujeres se imaginaban antes, de salir a cenar por ahí, con..., ni con el marido, ni con los hijos, ni con el marido, ni con amigas, ni con nadie. Nosotras mismas hoy nos reunimos, qué sé yo, mis hijas, mi sobrina, mi cuñada y vamos, nosotras, las mujeres solas, a cenar por ahí, eso antes era impensable. Bueno, de hecho empezar a salir de la casa, y si los padres decían a las ocho de la noche había que estar y seguro que había que estar ahí. Y salir sola como ahora, salir de vacaciones, eso era..., eso es que ni se imaginaba”. (Mari Sánchez, Agüimes)

limitado y el trabajo doméstico incluía la fabricación de productos que hoy, en la sociedad de consumo, adquirimos en el mercado. El aprendizaje de estos trabajos se hacía en el ámbito familiar; más concretamente, los conocimientos eran transmitidos de madres a hijas. El desarrollo en el ámbito doméstico de estas actividades las volvió invisibles no sólo estadísticamente, sino que no han tenido reconocimiento social, ya que se entiende que formaban parte de la división genérica del trabajo que considera dichas actividades como actividades propias del hecho de ser mujer, de “sus labores”.

Responde el papel de estas mujeres a un período en que los espacios, físicos y sociales, rurales y urbanos, estaban claramente diferenciados, y donde predominaban las actividades agrícolas y ganaderas como principales fuentes de subsistencia y de desarrollo social y económico. La familia y la comunidad local conforman los principales núcleos de convivencia en los que se establecen las relaciones, muchas veces ba-

sadas en el intercambio y la ayuda mutua. En ese contexto es como se da la transmisión de los saberes por la vía familiar, ya que era el modo de contribuir a la subsistencia. Por tanto, es en este grupo principalmente donde encontramos esta vía de aprendizaje como la única posible de dedicación a una actividad. También son en estas actividades donde los aspectos de la pluriactividad y la flexibilidad se daban de forma más notoria, ya que la vida rural implicaba la asunción de múltiples funciones, todas ellas enfocadas a la subsistencia básicamente.

La importancia del trabajo realizado por estas mujeres era tal, que muchas de ellas quedaron excluidas de la educación reglada en su infancia porque se necesitaba su contribución a la producción o a los ingresos familiares, incluso cuando se prescindía temporalmente de la mano de obra de los niños varones para que éstos pudieran adquirir formación.

Son mujeres portadoras del patrimonio cultural de las zonas rurales, y son transmisoras de sus conocimientos a las más jóvenes. Sobre todo, resulta fundamental su participación en la divulgación de las actividades artesanales.

La segunda generación

Está formada por mujeres cuyas edades están comprendidas entre los 40 y los 60 años. Ocupan una posición intermedia, no exclusivamente por su grupo de edad, sino que establecen un puente entre la generación anterior y la que le sigue. El contexto histórico, económico, social y cultural en que han vivido está definido por las transiciones en el régimen político (dictadura a democracia), en el ámbito económico (introducción de la mecanización en la agricultura, crecimiento del sector servicios, introducción de un modelo económico keynesiano que posteriormente cambiará hacia el neoliberal...) y en el ámbito social y cultural (impulso de nuevos roles para mujeres y hombres, ampliación y generalización de la educación...). Estas mujeres comparten con las anteriores muchas de sus actividades, si bien se observan algunas diferencias, tanto en la forma de aprendizaje como en el modo de desarrollo de las mismas, que afectan a la producción y a la distribución de los productos resultantes. Podemos definir a los trabajos realizados por estas mujeres como actividades tradicionales innovadas.

Los principales factores que influyen en la transformación de la actividad de esta generación de mujeres son las exigencias del mercado, pero también, y sobre todo, los cambios en los estilos de vida, en donde se incluyen los nuevos roles sociales de las mujeres en las nuevas ruralidades. Algunos de los factores que van a aparecer en las actividades tradicionales innovadas son la tecnificación de los procesos y el acceso a la actividad mediante circuitos reglados de formación, lo que permite hablar de la profesionalización de actividades anteriormente consideradas de ayuda o apoyo familiar y de sus repercusiones tanto en lo personal como en lo familiar, lo económico y lo comunitario. Este hecho determina, al mismo tiempo, que no sólo se acceda a la actividad por la vía de la transmisión familiar, sino que se convierta en una opción profesional para algunas mujeres. Otro de los factores será que el destino de lo producido ya no se queda sólo en un ámbito familiar o local, sino que tiene otro alcance mayor dentro de las relaciones de mercado. Aquí aparece ya un concepto más mercantil de las actividades. Como ejemplo de este tipo de actividades nos encontramos con la agricultura ecológica, la agricultura de nuevos productos agrícolas (fresas, flores, aloe...), elaboración de quesos, etc.

Así, nos encontramos con el inicio y desarro-



▼
No sólo las mujeres jóvenes se dedican a trabajos que las anteriores generaciones ya realizaban, sino que se introducen con más facilidades en espacios tradicionalmente masculinizados

llo de la desagrarización, que implica, en muchos casos, el abandono de las zonas rurales y de los estilos de vida que en éstas se dan para encontrar nuevas salidas en espacios urbanos. Unido a este proceso se da también la profesionalización de las mujeres, factor que, en muchos casos, también contribuye al alejamiento de los estilos tradicionales, tanto de vida como los referidos a las actividades económicas.

La tercera generación

Son mujeres de menos de cuarenta años, que conviven con lo que se podría denominar un resurgir de lo rural que abre nuevas y múltiples opciones de desarrollo, en este caso ya profesionalizadas. Es en esta generación donde, por tanto, se aprecian las mayores rupturas dentro de las actividades, en cuanto a las formas de desarrollarlas, los modos de aprendizaje e incluso el reconocimiento de las mismas respecto de su aportación a la economía social. No sólo las mujeres jóvenes se dedican a trabajos que las anteriores generaciones ya realizaban, sino que se introducen con más facilidades en espacios tradicionalmente masculinizados, pudiendo así estar en actividades en las que nunca antes habían estado mujeres. Podríamos definir las como actividades innovadoras.

Dichas actividades innovadoras son resultado de las transformaciones que en las zonas rurales se producen con los años, y que llevan a buscar circuitos novedosos para fomentar la economía del lugar, como es el caso del turismo rural. También incluimos aquí actividades que tienen su origen en tareas asumidas por mujeres dentro del ámbito familiar, como es el cuidado de personas mayores y dependientes, y que con el tiempo se han ido profesionalizando dando lugar a lo que se denomina la ayuda a domicilio o la educación infantil. Por otra parte, se incluyen actividades que las mujeres han asumido en contextos masculinizados y que de alguna manera han sido pioneras y transgresoras al tiempo, abriendo el camino a que otras mujeres posteriormente se hayan incorporado o se incorporen a dichas actividades. En este último caso encontramos desde mujeres políticas, repartidoras de agua, entrenadoras de equipos de fútbol...

Si bien existe una relación entre las distintas generaciones y el tipo de actividades que desarrollan (la generación de mujeres mayores de 60 años y su dedicación a actividades tradicionales, las mujeres de 40 a 59 años y las tradicio-



nales innovadas, y las menores de 40 años y las innovadoras), ello no excluye que mujeres de distintos grupos de edad compartan actividades. Así, por ejemplo, encontramos maestras de más de 60 años, o alfareras de menos de 40 años. Sin embargo, dichas coincidencias son residuales, no así si tenemos en cuenta las mujeres de edades más próximas, en cuyo caso encontramos más similitudes en el desarrollo de sus actividades, debido, principalmente, al apuntado papel transicional del grupo intermedio.

Percepción del mundo rural

Las tres generaciones de mujeres, que hemos definido, participan también de una visión diferente del medio rural.

En general, la percepción que tienen de la vida en una zona rural parte de múltiples contradicciones que se relacionan con los cambios en los estilos de vida de la sociedad y, también, con los propios cambios sociales que determinan en gran medida la vida en el campo. Así, nos encontramos con una valoración positiva compartida de la vida rural desde el punto de vista de la calidad, la tranquilidad, el ritmo...; sin embargo, son muchas las dificultades que se nombran, sobre todo cuando nos referimos no sólo a vivir en el campo, sino a vivir de alguna actividad vinculada con lo rural, como es el caso de la agricultura, que con el transcurso del tiempo se ha ido transformando enormemente. Ha pasado de ser una de las actividades principales desarrolladas por la población para la subsistencia a una acti-

▼
La incorporación a las redes de electricidad y de agua potable de los hogares rurales ha permitido la introducción de tecnología en el ámbito del hogar, que disminuyen las actividades que las mujeres realizan en el mismo

vidad secundaria que cuenta con muchas dificultades, desde las climatológicas hasta su inmersión en un mercado que no reconoce el trabajo que entraña o la importancia de un consumo local, y ya ni qué decir del consumo ecológico.

Como todo proceso de cambio, comprende tanto aspectos positivos como negativos. Entre los primeros destacan aquellas mejoras en las infraestructuras que afectan tanto a la relación de las zonas rurales con las zonas urbanas como a la calidad de vida de quienes permanecen en los entornos rurales, y específicamente a las mujeres. La interconexión mediante carreteras del entorno rompe con el aislamiento, mejorando las posibilidades de distribución de los productos y permitiendo el acceso de la población a bienes y servicios producidos en otras zonas.

Esta mejora en los medios viarios facilita, además, poder compatibilizar la vida en las zonas rurales con el desarrollo de actividades laborales y formativas en otros municipios. El desplazamiento por cuestiones laborales hacia otras zonas, que iba antaño acompañado de la necesidad de residir en el municipio de trabajo (viviendo en chozas, cuarterías o en casas propias de autoconstrucción), que fue uno de los factores causantes del despoblamiento de las zonas rurales, ha perdido hoy importancia, aunque continúa siendo significativo el éxodo rural de las zonas más aisladas, mientras que las zonas rurales más próximas a núcleos urbanos han visto incrementada su población convirtiéndose en pueblos residenciales o dormitorios.

La incorporación a las redes de electricidad y de agua potable de los hogares rurales ha permitido la introducción de tecnología en el ámbito del hogar, que disminuyen las actividades que las mujeres realizan en el mismo. Como ejemplo de lo anterior podemos citar la introducción de la lavadora en los hogares, que acaba con la actividad de ir a lavar la ropa a los lavaderos o a las acequias. Además, reduce los traslados para abastecer de agua el hogar, leña para cocinar. En este sentido, por ejemplo, vemos las diferencias que pueden existir entre las diferentes generaciones, ya que las más jóvenes, en muchas ocasiones, no vivieron la falta de este tipo de recursos en sus hogares, o bien lo vivieron durante poco tiempo. Las mujeres de mayor edad, por el contrario, sí que experimentaron el vivir sin agua potable, luz eléctrica, así como otros elementos de la vida moderna, lo que las obligaba a desplazarse a los nacientes, acequias y barrancos en busca de agua para abastecerse, para lavar...

También se han introducido nuevas normas

de consumo. Lo producido en las zonas rurales se distribuye a través de los mercados locales, y no se destina únicamente a la subsistencia. El abastecimiento de los hogares ya no depende únicamente de lo que se produce en el hogar, sino que gran parte de las necesidades familiares se satisfacen a través del consumo de productos del mercado, lo que ha reducido la participación de las mujeres en la producción destinada al consumo de los miembros del hogar (productos textiles, productos alimenticios...). Estos cambios en el consumo requieren de las familias el disponer de rentas suficientes para adquirir otros productos. De ahí, para las mujeres menores de 60 años, la necesidad de que las mujeres rurales se incorporen al mercado laboral como asalariadas o que introduzcan innovaciones en sus explotaciones agrícolas.

Los aspectos negativos de este proceso de cambio de las zonas rurales son la pérdida de lazos comunitarios, con la consiguiente individualización de las relaciones sociales, el envejecimiento de la población, la desagrarización y la pérdida, por tanto, del paisaje agrícola. La introducción de nuevas normas de producción y de consumo, y el cambio en el uso del tiempo han dado lugar a que la práctica de la ayuda mutua en los trabajos agrícolas se haya perdido, asalariándose dicha relación, lo que va a repercutir en las relaciones sociales entre los vecinos, disminuyéndola y generando desconfianza.

El éxodo de la población de las zonas rurales más alejadas en búsqueda de alternativas laborales asalariadas ha dado lugar a un progresivo envejecimiento de la población que no emigró o que ha regresado después de su jubilación. Mientras, la población joven sigue emigrando, bien para continuar su período formativo o bien para encontrar una alternativa laboral al trabajo agrícola, que consideran poco rentable económicamente.

Uno de los motivos que favorece el despoblamiento de las zonas rurales tiene que ver con las regulaciones sobre el suelo, legisladas por las Administraciones públicas respecto al propio territorio rural. Si bien antiguamente era práctica común la construcción de viviendas en los terrenos propiedad de las familias (en la mayoría de los casos sin una perspectiva urbanística definida), esta realidad va cambiando con el transcurso del tiempo, imponiendo límites importantes para la continuidad de la misma. La mayoría de las mujeres vive este hecho como un factor que condiciona enormemente la permanencia de las generaciones más jóvenes en las zonas rurales.



La terciarización de los servicios (uno de los grandes factores influyentes en el abandono de actividades del sector primario) influye a su vez en la despoblación de las zonas rurales, ya que, al desplazarse las principales zonas geográficas ofertantes de trabajo hacia núcleos urbanos y costeros, provoca que la población también se desplace.

Pese a los cambios producidos en los entornos rurales, éstos siguen careciendo de determinados servicios sociales. La centralización de los servicios en las ciudades obliga a desplazamientos, de ahí que se reclame por parte de las mujeres la creación de centros en las zonas rurales, ya que son ellas las que realizan mayoritariamente las actividades de cuidados. Las transformaciones en los valores tradicionales del mundo rural en torno a los roles asociados a hombres y mujeres han favorecido la libertad de las mujeres y la colaboración de los hombres en las actividades consideradas como femeninas.

Dentro de esta realidad genérica, las mujeres, además, se siguen encontrando con el problema de la invisibilización de su papel económico y social, que continúa persistiendo en el medio rural. Al tratarse de un entorno tradicionalmente muy masculinizado, el trabajo de las mujeres en muchas ocasiones está poco reconocido, considerándose y computándose muchas veces como “ayuda familiar”. Esta desvalorización va a tener consecuencias directas sobre la remuneración y el reconocimiento de derechos sociales que entraña el ejercicio de cualquier actividad económica.

Es una necesidad, por tanto, la incorporación de la mujer al mundo del empleo en las zonas ru-

rales: por un lado, para conseguir ese reconocimiento de su labor y, por otro, como estrategia para, en cierta medida, reducir el despoblamiento y envejecimiento que aqueja al mundo rural.

El reconocimiento de la aportación laboral de las mujeres es importante tanto por el acceso a derechos laborales y sociales como porque será otra de las vías para que se produzcan cambios más profundos en los esquemas tradicionales de discriminación de género que perviven en el mundo rural.

El acceso a la educación es otro de los factores que las mujeres de las tres generaciones entrevistadas perciben y valoran como un elemento de gran importancia en las zonas rurales. Tanto las mujeres de mayor edad, que generalmente no cuentan con estudios, o sólo con estudios básicos, como las jóvenes que han podido acceder a una formación y en muchos casos a estudios universitarios, reconocen que es una llave para poder desenvolverse mejor dentro de la sociedad. Es por ello que muchas mujeres que, por diferentes motivos, no pudieron estudiar, lo han hecho de mayores. Destaca así la importancia del estudio en la vida de sus hijas y para las generaciones más jóvenes, ya sea a través de formaciones profesionales específicas o de estudios superiores que les permitan acceder a mejores puestos de trabajo y, en definitiva, que les amplíen las alternativas de inserción en el mercado laboral. El acceso a los estudios también les abre las puertas a una mejor información sobre sus derechos, lo que repercute a su vez en la posibilidad de reclamarlos tanto frente a las instituciones como frente al orden social tradicional.



▼
Las mujeres rurales muestran una gran capacidad de observación y de actuación sobre el entorno económico y social

Conclusiones

Las mujeres rurales muestran una gran capacidad de observación y de actuación sobre el entorno económico y social. Así, asumen la necesidad de adaptación a nuevos nichos de mercado, a nuevas profesiones y a la formación, que las capacita para poder dedicarse a una nueva actividad o a mejorar las condiciones de las actividades que realizan.

La variable generacional, en este sentido, no es determinante, ya que nos encontramos con mujeres mayores que realizan cursos o asisten a jornadas de encuentro con otras y otros productores. La generación a la que pertenecen las mujeres sí que interviene para determinar el contexto social, económico, político y cultural en el que las mujeres han iniciado su trayectoria laboral. En este sentido, las mujeres de mayor edad son las que han realizado las actividades más tradicionales, las que han resultado excluidas mayoritariamente del ámbito formativo reglado y las que más han experimentado las carencias del medio rural. Todo ello les ha supuesto, respecto a las siguientes generaciones, un mayor esfuerzo personal para suplir dichas carencias, extendiendo sus quehaceres y su jornada laboral.

Las mujeres jóvenes, menores de 40 años,

son las que han vivido un contexto más favorable para el desarrollo de sus actividades y de sus aptitudes. Es el grupo que presenta un mayor nivel de titulación formal, lo cual se transmite a su concepción de la actividad. Los límites de vivir en un medio rural han podido, en algunos casos, ser solventados mediante el desplazamiento a zonas urbanas para su formación. De ahí que resulte más opcional su dedicación laboral como asalariada o como autónoma.

Las mujeres de mediana edad, entre 40 y 60 años, se sitúan en un contexto intermedio entre las cohortes de edad anteriores, por lo que han percibido las dos realidades. Entre ellas encontramos una mayor variedad de situaciones laborales y personales.

La aportación de las mujeres al mundo rural no está limitada a su participación en la economía del mundo rural, sino que también suponen un activo, como transmisoras del patrimonio del mundo rural. En este sentido, es de destacar el papel de muchas de estas mujeres como socializadoras a través de la

cencia en cursos para la formación en determinadas actividades económicas y culturales.

La percepción del mundo rural es doble: por un lado, se percibe como positivo, ya que aporta calidad de vida, entendida como mayor nivel de tranquilidad y salud; por otro, es recurrente la denuncia de falta de servicios del mundo rural respecto a los entornos urbanos y la percepción de la incapacidad del mundo rural de un autodesarrollo, reclamando constantemente ayudas institucionales para que pueda haber continuidad en las tareas que realizan.

Un desarrollo del mundo rural, por tanto, no puede obviar la contribución que estas mujeres han hecho, y hacen, no sólo en el ámbito familiar, sino también comunitario. Al mismo tiempo, la sociedad les debe un reconocimiento a estas y otras mujeres del medio rural, no sólo como expresión de un pasado más o menos cercano, sino también como protagonistas del presente y del futuro. ■

▼ Nota

¹ El contenido de este artículo está basado en el estudio realizado por Rosa M^a Henríquez Rodríguez y Lourdes Tejera Perera (2007), *Todo pueblo tiene sus mujeres*, Gran Canaria, AIDER.